

por Salvador Leal

Los fines de semana trabajo de muerto.

Por supuesto, no pagan bien. ¿Qué trabajo en este país paga bien? Sin embargo es un trabajo que me gusta y que disfruto hacer; puedo poner en práctica lo que estudié en la escuela y tengo contacto con colegas. Es más, ahora que lo pienso, creo que tengo condiciones laborales bastante mejores que las de la mayoría de las personas que conozco.

Y, adicionalmente a todo eso, mi trabajo no sólo no es inútil, sino que creo que realmente hago que las cosas sean distintas a mi alrededor semana a semana.

Decir que trabajo de muerto es demasiado general. Más específicamente, soy alguien que acaba de ser arrojado en la carretera, a través de un parabrisas y desde un coche en movimiento. Unos fines de semana tengo un traumatismo craneoencefálico, otros, tengo el cuello roto. Algunas veces tardo en morir mientras en otras, mi muerte es instantánea. Pero eso sí, semana tras semana, muero.

Todo comenzó hace muchos años, al terminar la carrera de Arte Escénico en la Universidad. Si alguien cree que conseguir trabajo es complicado, es que nunca ha tratado de hacerlo siendo Actor de Teatro especializado en el Siglo de Oro Español. O más bien, Pasante de Actor de Teatro especializado en el Siglo de Oro Español. En un país que comenzaba a ser conquistado por la televisión, Calderón de la Barca y Garcilaso de la Vega no son referencias para la telenovela de las seis, por lo que después de un tiempo me especialicé en el arte de realizar castings para comerciales.

Unas veces era un joven emocionado por el sabor Pepsi-Cola, mientras que días después tendría que ser el hijo al que su mamá le daba Sal de Uvas Picot. Muchas de las veces, los llamados involucraban realizar actividades tan retadoras dramáticamente hablando como saltar y chupar una paleta al mismo tiempo. El dinero no era malo, pero la frustración que sentía noche a noche por haber traicionado de esa forma a mi carrera, no tenía comparación. Casi sin darme cuenta,

por Salvador Leal

los llamados fueron cambiando de perfil, y en menos de lo que lo pienso, dejé de recibir llamados para papeles de jóvenes y comencé a ser requerido, con mayor frecuencia, para los papeles de abuelos. Mi vida había sido un desperdicio. Hasta que Julián regresó.

Julián Restrepo había sido mi maestro de Teorías Dramáticas y, aunque yo no era de los alumnos sobresalientes, él me saludaba por los pasillos de la Facultad y ubicaba mi nombre. La suerte hizo que nos encontráramos, viejos los dos, esperando el autobús afuera del metro Copilco y el recuerdo de viejos tiempos nos empujó a tomarnos un café en un restaurante cercano. Ahí me platicó que trabajaba para el gobierno, específicamente, para un proyecto recién desarrollado por la Policía Federal Preventiva.

Resulta que a finales del sexenio anterior, la PFP había realizado un estudio en nuestro país con base en experiencias aprendidas en Italia, Chile y Argentina acerca de los accidentes en las carreteras en fines de semana y temporada alta de vacaciones. El estudio en particular se enfocaba en medir la ocurrencia de accidentes viales en una carretera determinada después de que los conductores habían visto un par de accidentes. De acuerdo con los resultados del estudio, los conductores no hacían mucho caso de los límites de velocidad en una carretera en donde, durante su trayecto, no veían ningún accidente, creyendo que la carretera era una vía segura. Sin embargo, si los conductores veían un accidente en el camino, a partir de ese momento el respeto a las señalizaciones y los límites de velocidad aumentaba hasta en un 80%. Con lluvia y neblina, hasta los conductores más osados obedecían al 100% el límite de velocidad después de haber visto un accidente en el camino.

Y ahí es donde las autoridades llamaron a mi antiguo maestro y le encomendaron juntar a un equipo de maquillistas, actores y estudiantes de actuación para hacer escenificaciones de accidentes en las principales carreteras de nuestro país con el objetivo de que los conductores, después de haber visto un accidente, redujeran sus

por Salvador Leal

niveles de velocidad y obedecieran las señalizaciones. Su nombre: Unidad Dramática Vial, o UDVIAL para efectos administrativos.

No puedo negar que me quedé con la boca abierta. El maestro Restrepo me explicó que sus escenificaciones duraban hasta cinco horas, dependiendo de los niveles de tráfico de la carretera elegida y cómo lo más complicado era, por supuesto, la instalación de un par de automóviles chocados. Porque no era solamente colocar los automóviles como los ponen en las casetas de cobro, casi sin chiste; había que incluir humo, aceite y varios efectos especiales que algunas veces incluían fuego. Una vez que los coches se encontraban en su lugar, armar la representación era bastante sencillo; media docena de actores ya caracterizados, esperan pacientes en una camioneta que llega al lugar al mismo tiempo.

A una señal, todos bajan y realizan sus papeles previamente asignados. Lo mismo puedes ser una víctima del accidente que una persona que se detuvo para ayudar en el siniestro. Un par de personas más coordinan la escena y evitan que otros automovilistas realmente se bajen a ayudar. Aunque esto, dijo mi antiguo profesor, es algo que casi no ocurre.

De acuerdo con las cifras obtenidas durante los primeros seis meses de implementado el operativo, la escenificación del accidente había reducido significativamente la cantidad de accidentes. El evento más grande que se había armado, había pasado justamente hacía dos semanas, en donde se realizó la representación que involucraba un choque de cuatro automóviles y la participación de más de treinta actores.

Semana a semana entraba en el personaje de una manera tan intensa que sentía recobrar poco a poco lo aprendido en la Universidad. Antes de salir de la camioneta hacía mis respiraciones y buscaba mis motivaciones para el papel una y otra vez;

por Salvador Leal

imaginaba cómo sería ir en el asiento trasero con mi nietecito justo antes de sentir el impacto.

Los actores más jóvenes de UDVIAL llegaron a admirar mi técnica de preparación y lo comprometido que estaba con el papel; me pedían consejos teóricos y prácticos de la vieja escuela, y yo les enseñaba, ahí tirado, el arte escénico que una vida de frustraciones no había dejado salir antes.

Quizás por eso no se dieron cuenta de mi muerte sino hasta tres horas después, cuando ya habían recogido el último automóvil de la escena.

- 0 -